

UN PINTOR GALLEGO UNIVERSAL¹



Expone por estas indeciblemente invernales fechas en Madrid un pintor gallego, joven hasta la ofensa y maduro, de una madurez insospechada, hasta el pasmo mismo, sobre el que ya hace tiempo quisimos divagar.

Isaac Díaz Pardo es un garzón bajito y sonriente, con una cara, entre pícara y bondadosa, de monago crecido; de ademanes gentilmente tímidos, vestido a la honesta y noble usanza de los hombres que comen todos los días, pero que no cogen un taxi jamás; afectuoso, discreto y luchando a brazo partido con un azoramiento pertinaz, y –dicho sea de pasada– con un talento de pintor que no le cabe dentro del cuerpo.

Isaac Díaz Pardo –en diciembre de 1948– no es ya, ciertamente, un hallazgo para nadie. Líbrenos Dios del desairado papel de los descubridores de Mediterráneos. El crédito de Isaac Díaz Pardo es ya algo universalmente reconocido –su reciente Exposición en Londres llenó de admiración a la más sesuda crítica británica–, y no es sobre eso sobre lo que quisiéramos insistir.

Ante el renaciente panorama de la joven pintura española –Benjamín Palencia, que ya no es joven,

¹ *Arriba*, Madrid, 14-12-1948.

pero que en joven pinta; Eduardo Vicente, Juan Antonio Morales, Pedro Bueno, Pedro Mozos, Andrés Conejo, Francisco Arias, buena parte de los Indalianos, nuestra paisana Julia Minguillón, etc., etc., y en este etcétera incluimos pintores admirables a los que la falta de espacio, y no de aprecio, nos obliga a no enumerar— ante el panorama renaciente, decíamos, de la más joven pintura española, se nos antoja saludable pararnos, aun de tarde en tarde, a considerar qué efectos y hasta qué puntos han sido convenientes, han podido producir sobre ella la desorbitación —por otra parte también española— ya de los sentimientos (léase José Gutiérrez Solana), ya de la representación del mundo a través de la imagen (léase Pablo Picasso), ya de la pura abstracción semiliteraria y semiintelectual (léase Salvador Dalí).

Cuando las artes —o las ciencias, o las letras— se enfangan en un amaneramiento pulido y sin salida posible, son fáciles de justificar, y aún de preconizar, todas las iconoclastias y todos los posibles aparentes desmanes que cumplen, sin duda, un certero propósito de vivificación. Ante el estéril paisaje literario del siglo XIX español —del que se salvan tres figuras, más o menos, pero jamás un conjunto de un nivel decoroso—, le vinieron como anillo al dedo todos los sucesivos 98 que lo coronaron, y que, de no haber tenido lugar, nos hubieran puesto a la cola del mundo en una actividad intelectual como la Literatura, en la que con frecuencia estuvimos a la cabeza, y hubiéramos seguido escribiendo novelas como Alarcón o Pereda —Galdós es una de las tres figuras a que aludíamos, y, por tanto, la excepción— y componiendo versos como Núñez de Arce, como Campoamor o como Grilo, lo cual, naturalmente, no

es bastante para justificar no ya la dedicación, sino la mera presencia.

Pero, inversa y naturalmente, cuando todos los principios se reafirman y toda la vana hojarasca es barrida por el viento bienhechor que nos despeja los horizontes, hay que empezar a pensar, no en volver a lo que ha sido, que no se vuelve jamás quizá por aquello de que agua pasada no mueve molino, sino en pararse a considerar lo que siempre es, lo que no envejece jamás, lo que eternamente se presenta fresco y lozano, lo que es en todo momento actual, lo más difícil: escribir como habla la gente –Stendhal, Dickens, Galdós– o pintar las cosas como son –Rembrandt, Velázquez.

Y en esta encrucijada fue en la que se encontró y supo buscar el camino con certeza Isaac Díaz Pardo, que pinta las cosas como son sabiendo también del todo cómo no son. Porque quienes, sin duda, pintaban las cosas como jamás, afortunadamente fueron, no han sido los pintores más o menos malditos del Quartier Latin de Montmartre o de Montparnasse, no, sino los pintores casi siempre benditos, que vieron cursi a un conejo muerto, o engolada a una mujer joven, o de color de rosa a un bigotudo y tremendo coronel.

Isaac Díaz Pardo, que pinta lo que ve y, según nos viene demostrando, no ve más que cosas importantes, no es otra cosa que el triunfo del equilibrio, de la más estricta estabilidad, y en sus lienzos el espectador no sabe qué cosa admirar más, si la concepción, la composición, su realización, el dibujo, el color, o el aire que a todo circunda.

Camilo José Cela

Probablemente lo más admirable de Isaac Díaz Pardo es, precisamente, Isaac Díaz Pardo, el pintor gallego y universal que no deja un cabo por atar ni un fleco fuera de su sitio preciso.

CARTA A RAMÓN OTERO PEDRAYO²



Madrid, 3 de enero de 1953.
Sr. Don Ramón Otero Pedrayo
Trasalba. (Orense)

Mi querido y respetado don Ramón,

Mil y mil gracias por su magnífico prólogo a la primera edición gallega de mi novela *La familia de Pascual Duarte*. Es para mí el mejor aval y la más deseada presentación. Las páginas que ha tenido la gentileza de enviarme son, como suyas, bellísimas e inteligentes. Confío en que la edición esté a la altura de sus cuartillas y pueda complacerle.

Como deseo que las cosas salgan lo mejor posible, he suspendido, casi heroicamente, la traducción que yo mismo había iniciado. No quedaba como deseaba verla. Mi gallego –un gallego de Rías Baixas y no muy cultivado– es peor de lo necesario y he renunciado, no sin dolor, ha [*sic*] llevar la versión hasta el fin.

² Se conserva una copia en el archivo de la Fundación Cela. La carta ha sido publicada por A. Monxardín: 192-193 (cfr. nota 4, p. 18). Las ilustraciones de Laxeiro serían sustituidas por dibujos de Rafael Zabaleta, ya que el pintor no llegó a enviárselas.

Camilo José Cela

Tengo el propósito, que ya veremos hasta donde puedo conseguir, de que la edición gallega del Pascual Duarte sea, fuera de toda duda, la mejor de todas. A este efecto, creo más honrada mi renuncia que una insistencia sin demasiado objeto.

Hoy mismo escribo a nuestro común y admirado amigo Vicente Risco rogándole ponga su hábil mano a la tarea. Si usted le ve, no deje de animarlo. Prologuista y padrino –aunque el Casares no lo advierta– entiendo que son sinónimos.

Al gran Laxeiro, a quien he visto hace poco en Buenos Aires, le encargaré las ilustraciones. Si las cosas salen según mi pensamiento, creo que podré ofrecer una curiosa muestra de la cultura gallega trabajando en equipo. ¡Ya veremos!.

Reciba, mi querido don Ramón, con mi gratitud, la expresión de mis votos más sinceros por su felicidad en el año de 1953. Y mi saludo más cariñoso y más respetuoso.

Camilo José Cela.

PALABRAS DE AMOR A FINISTERRE³

= Palabras de amor a Finisterre =

No es cierto, la poesía no debe confundirse en la evidencia porque sobrevuela un espacio de la alta nube y más cerca del cielo que el ave más aventurera, que el ángel más subterráneo y distante, que el amor más profundo. El poeta ^{sonoras} así lo dijo en la zucaina y peneira lengua ^{sonoras} palabras de razón de amor:

Voltei. Nunca partira.
Alongar-me somente foi o xesto
de ficar para sempre.

Todo lo demás es silencio, y esto lo sabía Shakespeare hace ya mucho tiempo.

Finisterre no tiene pasado, ni presente, ni futuro porque es eterno y la eternidad no obedece ni al reloj ni al calendario; tampoco el dolor ni el amor, ni a la vida ni a la muerte. Finisterre no está en el fin del mundo, en la ~~límite~~ ~~límite~~ de la tierra, sino que es el mismo fin del mundo en el que vivimos y morimos, la serena y formidante ~~límite~~ ~~límite~~ de la tierra a la que jamás amaremos bastante. Goethe no dejó dudas que el hombre genera tanto como lucha. Finisterre es la última sonrisa del caos del hombre arrojándose al infinito.

Camil Prats

³ En *Finisterrae: un proyecto para el confín del mundo*, Finisterre Seguros, 1997. Aparece la reproducción facsímil del texto manuscrito.